

PARTE II. DIOS

VII. CONOCIMIENTO NATURAL Y REVELADO DE DIOS

1. **La naturaleza prueba la existencia de Dios.** «A Dios nadie lo vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer» (Jn. 1:18). Para nuestros sentidos corporales Dios es invisible e intangible. Sin embargo, el que niega la existencia de Dios es un necio (Sal. 14:1); «Porque lo que de Dios se conoce les es manifiesto, pues Dios se lo manifestó. Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa» (Ro. 1:19, 20). «Porque toda cosa es hecha por alguno; pero el que hizo todas las cosas es Dios» (He. 3:4). Ni el origen de este mundo ni su prolongada existencia pueden ser explicados satisfactoriamente, a menos que hubiese habido una Causa que le dio origen y un Poder omnipotente que lo sostiene y controla. Aunque no podemos ver a Dios, lo conocemos por medio de sus obras.

Es absurdo suponer que las cosas que vemos alrededor nuestro aparecieron solas y que este universo tan bien organizado, con su innumerable variedad de seres, vivientes e inanimados, sea el resultado de un acontecimiento fortuito y de la evolución. Cuando el hombre racional contempla las obras maravillosas de la naturaleza, debe preguntarse de dónde vinieron esas cosas y por qué existen. Su sentido común le dirá que hubo alguien que las hizo y que todavía hay alguien por cuyo poder ellas continúan existiendo. Y ese alguien es Dios.

Aunque Dios en efecto se manifiesta en la naturaleza, ni la propia naturaleza ni sus fuerzas deben ser identificadas con Dios. Pantéismo es la creencia de que Dios y el Universo son una misma cosa. Así como distinguimos entre edificio y el constructor, así también debemos distinguir entre la creación y

el Creador. «Él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten» (Col. 1:17).

Conciencia
2. La conciencia del hombre prueba la existencia de Dios.

De los gentiles Pablo dice que ellos muestran «la obra de la ley escrita en sus corazones, dando testimonio su conciencia, y acusándoles o defendiéndoles sus razonamientos» (Ro. 2:15), y «quienes habiendo entendido el juicio de Dios, que los que practican tales cosas son dignos de muerte» (Ro. 1:32). La conciencia, por tanto, haciendo al hombre responsable de sus obras ante un Poder superior a él mismo, da testimonio de la existencia de Dios.

Creencia Universal
3. La creencia en la existencia de Dios es universal. El testimonio de la naturaleza y de la conciencia de la existencia de Dios es un hecho que ninguna persona con sano juicio podrá negar. Por tanto, en el ser humano siempre ha existido el interés de establecer alguna clase de reacción entre él y Dios. «No ha habido jamás un pueblo tan perverso como para no levantar y mantener un culto divino» (C. Mayor, Primer Mandamiento, *Libro de Concordia*, pág. 384.17). Simplemente sería imposible explicarnos el culto religioso que encontramos entre la gente pagana, si no tuviéramos algún conocimiento básico de la existencia de un Ser Superior. Sin embargo, dejándose elevar por sus vanas fantasías, los hombres han construido, sobre la base del conocimiento natural de Dios, sistemas religiosos supersticiosos, idólatras y abominables (Ro. 1:21-25; Hch. 17:22-25). «Los paganos hasta cierto punto conocen a Dios mediante la ley natural, aunque es verdad que no lo conocen ni lo glorifican como deben conocerle y glorificarle» (F.C., Decl. Sól., Art. V, *Libro de Concordia*, pág. 607.22).

4. Extensión y límite de este conocimiento. La naturaleza, la historia y la conciencia no solamente enseñan la existencia de Dios, sino también que él es un Dios vivo (Hch. 17:27); que es todopoderoso (Ro. 1:20); que es sabio (Pr. 3:19); que es bueno con sus criaturas (Hch. 14:17); que es santo y justo, ordenando y recompensando lo que es bueno, y prohibiendo y castigando lo que es malo (Ro. 1:32; 2:15). El verdadero Dios se nos revela

en la naturaleza pero la naturaleza no nos revela quién es ese verdadero Dios. Ningún pueblo pagano aprendió jamás del libro de la naturaleza que Dios es una Trinidad: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Cuando, sobre la base de lo que han aprendido de la naturaleza acerca de Dios, los hombres tratan de determinar quién es él, invariablemente hacen de él un ídolo. «Porque todos los dioses de los pueblos son ídolos» (Sal. 96:5; vea también Ro. 1:21-23). «Así se explica que los paganos no hicieran más que convertir su propia ficción y sus fantasías sobre Dios, en ídolos y su confianza en una pura nada (C. Mayor, Primer Mandamiento, *Libro de Concordia*, pág. 384.20).

Tampoco este conocimiento natural de Dios es suficiente para la salvación, porque la gracia de Dios en Cristo es revelada al hombre solamente en el evangelio, del cual por naturaleza los hombres no conocen nada (1 Co. 2:9-11). Es por eso que los gentiles «están sin esperanza y sin Dios en el mundo» (Ef. 2:12).

5. El propósito de este conocimiento, especialmente cuando actúa por medio de la conciencia, es mantener la disciplina entre los hombres, quienes conocen el juicio de Dios sobre aquellos que hacen el mal (Ro. 1:32). El conocimiento de la existencia de Dios, deberá, además, incitar a los hombres a buscarlo, para que puedan saber quién es él y cuál es su voluntad hacia los hombres (Hch. 17:27). Si ellos descuidan hacer esto, «no tendrán excusa» en el Día del Juicio (Ro. 1:20).

6. El conocimiento revelado de Dios. Para que el hombre pueda saber quién es el verdadero Dios y cómo adorarlo correctamente, Dios se ha revelado más plenamente en la Biblia. La Biblia no solamente corrobora el conocimiento de Dios que los hombres han adquirido de la naturaleza, sino que lo amplía, agregándole aquellas cosas que de otra manera no se podrían aprender (1 Co. 2:7-11). En tanto que la naturaleza nos dice que hay un Dios, la Biblia nos dice quién es ese Dios. En tanto que la naturaleza y la conciencia nos revelan muchos de los atributos de Dios, la Biblia no solamente los refuerza, sino que también nos habla de su amor y gracia en Cristo, y de la salvación preparada por él para nosotros. Por lo tanto, no nos es permitido

tener nuestras propias ideas acerca de Dios como los paganos; sino que nuestros pensamientos y conceptos acerca de Dios deben, hasta donde les sea posible a nuestras mentes limitadas, adaptarse a lo que las Escrituras dicen de él. Tampoco podemos adorarlo como queramos, sino adorarle y servirle según su palabra (Mt. 15:9).

VIII. LA ESENCIA Y LOS ATRIBUTOS DE DIOS

A. La Esencia Divina

1. Dios no es una mera idea que existe en la imaginación del hombre, pero que no es real; DIOS ES. «YO SOY EL QUE SOY» (Éx. 3:14). Este YO SOY es una realidad. El es el Ser Supremo y Absoluto. En comparación, los ídolos de los gentiles son «nada»; no existen como dioses reales, sino solamente en las mentes de aquellos que los adoran (Is. 41:24; 1 Co. 8:4).

2. Dios no es de naturaleza material, visible y tangible a nuestros sentidos corporales, sino «DIOS ES UN ESPÍRITU» (Jn. 4:24). Nadie sabe de qué consiste esta esencia espiritual de Dios.

Por otra parte, Dios no es «alguna cosa» invisible y sin vida, no es el «*omnia agens*», la fuerza impulsora que actúa en la naturaleza, ni simplemente el principio de vida en el hombre, el animal y la planta. DIOS ES UN SER PERSONAL. Él dice «YO SOY». Fue un Ser Personal el que le habló a Moisés, un ser distinto a todas las cosas y fuerzas creadas. «En él fueron creadas todas las cosas, las que hay en el cielo y las que hay en la tierra, visibles e invisibles» (Col. 1:16).

Dios no surgió de algo que fue antes que él, ni su existencia depende de algo fuera de él. Sino que él existe y subsiste por sí mismo. «Yo soy el primero, y yo soy el postrero, y fuera de mí no hay Dios» (Is. 44:6). Todos los demás seres tienen su existencia en Dios y de Dios (Hch. 17:28); mas la existencia de Dios se centra en él mismo. Él tiene vida en sí mismo (Jn. 5:26).

Algunas veces la Biblia habla de Dios como si él fuera un ser humano, con brazos, manos, dedos, cara (Éx. 6:6; Ef. 1:20; Lc. 11:20; Nm. 6:24-26). Ese lenguaje figurado respecto a Dios es llamado *antropomorfismo*; es una adaptación a nuestra mente limitada que no puede concebir y captar la esencia espiritual de un Dios infinito. En los cielos veremos a Dios tal como él es, en toda la inefable belleza de su santidad y amor (1 Jn. 3:2).

B. Los Atributos Divinos

1. **Dios es uno.** «Yo soy Jehová, y ninguno más hay; no hay Dios fuera de mí» (Is. 45:5). «No hay más que un Dios» (1 Co. 8:4). Por consiguiente, «No tendrás dioses ajenos delante de mí» (Éx. 20:3). «Al Señor tu Dios adorarás y a él sólo servirás» (Mt. 4:10).

2. **Dios es una esencia simple e indivisible.** Cuando Dios dice: «Yo soy el que soy», él también quiere que entendamos que él no es un conjunto de partes y elementos, sino absolutamente único en su esencia. Siendo una unidad, él no puede consistir de dos o más partes. «Hay una sola esencia divina, la que se llama Dios y verdaderamente es Dios: eterna, sin cuerpo, sin partes» (C.A., Art. I, *Libro de Concordia*, págs. 27.2, 28). «Dios es una esencia espiritual indivisible» (F.C., Decl. Sól., Art. VIII, *Libro de Concordia*, pág. 657.68).

3. **Dios es inmutable en su esencia, en sus atributos y en su voluntad.** «Porque yo Jehová no cambio» (Mal. 3:6). «En el cual no hay mudanza, ni sombra de variación» (Stg. 1:17). En Dios no puede haber desarrollo o evolución, ni mejoramiento o deterioración, ni crecimiento o disminución ni cambio de ninguna clase. Él es lo que es, lo que siempre fue, y lo que siempre será: «*semper idem*». «Pero tú eres el mismo, y tus años no se acabarán» (Sal. 102:27). Dios no es inconstante como el hombre. Sus juicios y promesas permanecen. Esto debería ser una advertencia y un consuelo para nosotros.

4. **Dios es infinito,** no está limitado por, ni confinado al espacio; por consiguiente, él es omnipresente. Las dimensiones de espacio pertenecen a este mundo creado; el espacio infinito no